Cuando las tormentas

Iyana Delvado

Ilustraciones de
Víctor Ruiz Almenta

La calma del valle le agrava el dolor. De sauce. Al viejo de la cara rota le place ponerse en la mano una rama. La flor de los puerros le igualan la altura. Pese a la cojera avanza entre los surcos sin lastimar los tallos. La distancia entre los puerros se midió en palmos. De la próxima cosecha el viejo calcula el peso de los canastos. De la caña hasta lo tierno. Para caldo la hoja. Las flores se guardan en semilleros a oscuras. Detenido por el dolor el viejo levanta el rostro. Por la rama de sauce desciende el temblor de la mano. En lo más adentro le vuelve más intenso. Golpea la pierna con la vara amenazando al dolor. Trata de espantarlo de entre los huesos. El único ojo busca el perfil de la montaña. Duele como nunca a pesar de callarse la queja. Como no lo espanta baja la frente. El cernícalo lo siguió sin girar la cabeza. Detuvo el vuelo y la sombra del vuelo sobre la tierra. A la altura donde se apoya. Posado en el aire. Mientras la mirada del cernícalo achica la sombra bajo las piedras. El viejo de la cara rota cambia la rama a la diestra. La mano contraria aprieta la pierna por encima de la tela. Como mordisco le come el dolor. Hasta en el hueco de los huesos. Por más que se aprieta no llega. Antes de erguirse consiente maldecir. El temblor le tuerce la barbilla. La arruga más honda. Al fin echa a andar. Con la rama golpea el aire. Culpa al dolor como si enmendara una equivocación. El viejo piensa desgracia cuando quiere decirse escarmiento. Durante las noches que ahuyentaron al sueño. El tiento calentaba

la dulzaina. A esa hora le vuelve la paz que espantó la jornada. Que canta como noticia para el valle. Lo retiene desde niño. Tapa y destapa los orificios en la madera. Tan de mosquitero el canto que hasta el hayedo se confunde. De la dulzaina a la noche. El aire surge hecho figuras. Cada noche más tristes. El viejo de la cara rota conserva el gesto que la tormenta alumbró en él. Una fiebre de otra niebla le empapa las sábanas. Carga la edad de los vientos que recorren el valle. Cuenta con los dedos hasta setenta. La vida le suma tantas direcciones como a la veleta. Tan alto para cubrir desde la ribera hasta el soto. Desde la veleta el cernícalo cubre la huerta donde crece la fruta del viejo. Acorazado por los colores gris y azul de los metales. En lo alto del campanario. Que devuelven el sol endureciendo el reflejo. La mirada del cernícalo penetra las sombras. Aunque me guarde entre las ramas del guindo. Entra como una luz a través de la opacidad de las hojas. Busca el color que no viste al árbol. Se afana en descubrirme. El color de mi pecho imita los reflejos de la guinda. Me libra la pluma rosa. Del color de la tierra cuando la luz no la revela. Desde la veleta hasta el guindo se adelanta al tiempo el cernícalo. El viejo de la cara rota busca mi hambre. Setenta tormentas. La primera le cruzó el gesto. Que lo acompaño sin que sepa quién le pica la guinda. Con la rama del sauce aparta las hojas. La pierna quiere doler. El viejo adelanta el único ojo. El cernícalo gira la cabeza. De ambos esquivo la mirada.
Cuanto descubre el cernícalo lo pierde el valle.
La fruta guarda su mediodía en la rama.
El canto retiene los colores del sol.
No descubra el viejo que se le pica la guinda.
La mirada alta y la pierna coja. La ladera desciende hasta los campos de esparto. El viejo de la cara rota mide su parte de la vega. Cuenta los surcos para comparar la memoria. Al paso acompaña un rumor. Entre el pisar de la tierra se acerca el enjambre. De la otra margen del río regresa la abeja. Hasta el cercado del col-

colmenero

menero. Después de beber la flor en granos. Hacia el soto apuntan. El enjambre vuela en la misma dirección que los surcos de tierra. Aunque el dolor lo entorpece el viejo los salta sin dañar un brote. Bajo el guindo descubre la cerraja. Le basta la punta del calzado. De raíz. La aparta al margen. La pisa. La cubre de tierra.

También la luz de la tarde se enturbia. El júbilo se detuvo a la vez que el juego. Al perder la ilusión que los impulsaba se consintió emerger el silencio. Las primeras olas recorrían la charca. No tardó en dominar el viento. El silencio del valle comienza a pesar. Los murallones de roca aparecen más abruptos. Hacia otra vega el río arrastra un reflejo de luz roja que se desvanece con la distancia. El alerce donde amanecí encogía las ramas. Se miraban mientras la oscuridad completaba la debilidad de los colores al atardecer. El espanto cristalizó en los tres niños antes de volver en sí. Cuanto sigue parecía llegar tarde. El niño de las botas sin cordones siente bajo la bota un corazón. Como las estrellas moribundas mi corazón estalla. La libertad me condujo bajo la torpeza. Mi queja coincide con el final de su infancia. El cuidado por instinto. Las mudas de pluma. El canto en la guarda de la rama. Con el vuelo hacia el invierno retornan los lugares. Recubro nidos idénticos en taludes de ribazos con mediodías opuestos. En ninguna estación volví a volar junto a mis hermanos. Poco después de amanecer volé hacia los campos de centeno. Vuelo caminos que parten. Que vuelven. Que separan. Vuelo hacia los pastos y descanso sobre el cercado de lajas. Según duerme el pastor le sobra la mañana. La hierba ocupa al rebaño. Los perros me obligan a volar de nuevo. El sol ha cruzado el mediodía. Nubes de color morado lo amenazaban tras esa hora. Antes de regresar al alerce la sed endurecía mi pluma. Nada que atribuir al valle me orienta hacia la charca. Tres niños juegan a mayores. La trampa de esparto amuralla el agua. No preciso que cantéis por qué no la reconocí. La charca capturaba un reflejo limpio. Faltaba para que el cielo imitara el color morado de las nubes. La tarde parecía natural. Al amanecer otras lavanderas abandonaron

conmigo el alerce. No cantéis cuántas regresaron a la misma rama. Tampoco el lugar donde calmaron su sed. He querido beber como si mi sed bastara para evitar el peligro. Mi corazón estalló bajo el peso del niño. La sangre me inunda el pecho. El estallido traspasa la bota sin cordón. Las nubes ennegrecen. Este último vuelo asciende sin oposición. Unas gotas de lluvia lo encuentran de frente. La arena de la orilla mancha mis alas.

Bebí donde se apacigua el arroyo.

Bebí en el charco de las hojas.

Bebí del fruto el sudor de la tierra.

En las gotas de lluvia bebe el valle para todos nosotros.

Al amanecer atusé la pluma. Al pie del alerce arraigaba como un extraño el enebro. Dormí sobre sus flores amarillas junto a lavanderas que no compartieron la mañana. Del enebral de un valle que no conocí se desprendió el enebro. El arrendajo guardó la semilla en el vientre. Voló hasta el río y la cedió a la orilla. El barro la preservaba cuando el verano dominó el valle. Las olas lamieron su escarcha durante el invierno. Antes de germinar la llevó el río hasta la acequia. Los que cultivan la vega arrastraron la semilla junto a ramas sumergidas. Mientras la semilla secaba entre la broza otro arrendajo anidaba en el alerce. De una primera trenza de ramas se descolgó la simiente. Bajo el alerce en que dormí asomaban las flores amarillas del enebro.

Refleja el sol como la piel del lagarto. Lo cubre ese color verde que se alimenta de toda la luz del bosque. Tan verde que marchita el reflejo verde de las hojas del acebo. Verde la peña de la montaña. El cielo verde. Verdes mis alas azules cuando las refleja el vehículo verde. Otro animal de la montaña no se arrastra tan rápido. El viento que enfría el amanecer desciende con él. El vehículo abandona la pedanía sin que la pedanía presienta su ir. Por el valle derrama el ruido de la cascada contra la piedra. Cuando la prisa. Lo persigo desde

El arrendajo guardó la semilla en el vientre

que la vida despertó a mi nidada. Luego de la tormenta que sedimentó la cosecha en capas de barro y grano. Me quiero junto al vehículo verde. En el reflejo que repite los reflejos del bosque. A la distancia medida el pinzón pica entre el barro. Llegar hasta el pinzón con la velocidad de un reflejo. Antes que el calor del barro pudra la espiga. El vehículo verde arrojado desde la pedanía. Cruza el empedrado sin esperar el canto del alcaraván. El principio de la mañana se curva en el cielo como el dorso de la teja. Al paso del vehículo verde tiemblan las casas de la pedanía. Entre sus paredes el eco dura un latido. El hombre que cuece el pan cargó los canastos. Cubiertos de paño por debajo del asa. Traspasados por el vapor de la miga caliente. El vehículo verde toma la pista endurecida por la noche. Se arroja a la pendiente vertiendo borbotones. El valle lo recibe indiferente. Las últimas casas se invierten. Hasta que desaparecen en el reflejo verde. Como el cuello de la garza tuerce la pista. Los árboles nos cubren. Me quiero en ese reflejo donde vuelo al revés. Entre ramas invertidas. Me quiero en la prisa que lo atrae hacia la vega. Tose cuando se enfrenta a la madrugada. Cargado del pan que calmaría el hambre de todos los gorriones del valle. Respira el calor que emana de los canastos. Al toser funde su vapor con el vapor del pan. Lo gasta la fatiga antes de terminar el amanecer. Me quiero en la prisa del hombre que cuece el pan cuando desciende. La pedanía lo olvida. La montaña oculta el vehículo verde. Al lado de la pista descubro el erizo que cubrió el barro. Me quiero en el reflejo.
En el viento afila la uña el alcotán.
Desprecia el alcotán faltarle el canto.
La escena siempre lo esconde.
La sombra jamás lo delata.
∵ Se repite desde el principio de las estaciones. La brevedad de nuestro canto no resta constancia a la verdad que canta. Cuanto vive se condena a devorarse para que perdure la vida. Cantamos que el valle quedó maldito desde su primer instan-

te. El alcotán no gana culpa en la muerte del pinzón. Consentimos que el alcotán desee la presa. Ningún pájaro mata y se lamenta a la vez. El coro de pájaros no canta la palabra remordimiento.

El leñador y el niño se apretaban. Desatar el abrazo los separa para siempre. Una humana intuición les advierte. Al niño el miedo ocupa el lugar del llanto. Y el padre teme más que aquel. Y la jaula se pliega a la fuerza del abrazo. Y el alambre no puede impedir que lo atraviese el agua. La crecida arrastraba ramas de árboles que cubrían laderas por encima del soto.

∵ Hombres y pájaros compartimos el temor hacia la tormenta. Este miedo no siempre nos detuvo. Ambos nos protegemos en huevos de agua antes de nacer. Pero esa agua desaparece cuando la vida nos reclama. Al nacer abrimos el pecho hasta que el aire harta nuestra sangre.

Tras la tarde el valle enmudece dentro de la voz de la tormenta. El sol quiso que lo taparan las montañas. La última luz rozó la cresta del roquedo. Tanto apretaba el niño la jaula contra sí que su corazón sacudía mi corazón. Cuanto falta para morir no se mide en tiempo cuando se espera la muerte. A pesar de envolvernos la lluvia el leñador escupe contra el agua. Llama a la mañana aunque aún la noche se adueña de nuestra espera. De su boca emana el aire del descuido. Caímos juntos pero el abrazo no se rompió. El barro no me permite cantaros.

Al escribano del soto quema por dentro.

Al escribano inunda el fuego.

No lo sofoca el agua de la tormenta.

Se le ahoga el canto en el morir.

Hasta que nazco en un nido nuevo. Igual que en aquel ocupo ahora una sombra seca. Me disimula el mostajo. Sus racimos de flores blancas coinciden con mi despertar. El nido se aprieta contra una roca elevada entre la maleza. Bajo tierra la piedra comunica con el risco que luego emerge en la montaña. El viento se enreda

entre las ramas trenzadas del mostajo. El balanceo de las hojas marca el paso de esta primera tarde. La vida regresa sin haber partido. Este canto no busca cobijo ni precisa escucha. Tampoco mi vuelo ronda un único centro. El mostajo no me escogió pero me consiente. Oculta el nido cuyo huevo abrí por dentro. Hasta que vuele le debo la vida acabada en la tormenta. Vuelvo a nacer cerca de los cultivos donde germina mi próximo grano. Si morir valiera para volar por encima de las montañas. Ver siempre las nubes desde el lado del sol.

∵ A los pájaros nos aturde el desvanecimiento que la lluvia extiende sobre el valle. Las horas retrasan su círculo bajo la lluvia. El agua nos retiene en oquedades y salientes. En el paraíso de los pájaros llueven semillas de trigo. A los árboles riega la sombra de los insectos. Toda agua permanece intacta y mansa en lagos subterráneos. En el sueño de los pájaros el cielo jamás se rinde a la tormenta.

Los campos de centeno. El hayedo que ennegrece la ladera. Los caminos a los que se abre la verja. Los castaños que se orillan a la casa del guarda. El pozo de nieve. Las márgenes del río. El cauce entre las márgenes. Las sombras de la espadaña que al mediodía apuntan hacia la casona blanca. El cielo que cubre la hacienda le pertenece. Al abuelo lo detuvo una tos. Pues lleva la mano a la boca demuestra un vestigio de lucidez. El gesto derriba el bastón marcado por tres muescas. De la villa llega una campanada. De nuevo el viento divide la mañana en fragmentos. Hacemos parte los pájaros que anidan en la hacienda. El nido también pertenece a quien la posee. A pesar de tanto el nieto parecía feliz. Cabalga sobre las piernas del abuelo jugando a escuchar. Un brillo le embellece la frente. Ríe como ríen los hombres niños pues aún son hombres dignos de sí. El contento le vive mientras la cabalgada le dura. Recibe sin preguntar a la vida lo que no sabe pedir. No atiende a las promesas pues no las exige. La memoria barro del abuelo lo envuelve sin encerrarle la inocencia. Un niño y un anciano celebran la prontitud con que el valle se desentiende de sus pobladores. Desde el castaño

vi cabalgar al abuelo sobre rodillas igual de cansadas. A la vida de aquel también endulzaba una fuente de savia. El niño y el anciano esquivan el tiempo. Ocupan las extensiones de la vega antes de compartirlas. Las palabras nadaban sobre las espigas del centeno. El enjambre hacia la ribera del río se apresuraba. La sombra bajo la galería de columnas ha lamido su arco durante el paso de las estaciones. En aquella calma la voz sonaba a premonición. Y tuyo desciende el río. Suyos los campos de centeno. El hayedo que ennegrece la ladera. Los caminos a los que se abre la verja. Los castaños que se orillan a la casa del guarda. El pozo de nieve y la voluntad de quienes bajaban a su fondo de sombra helada. Sobre las rodillas el niño se estremece de alegría. El galope lo sacude. Ni guarda el recuento de la hacienda ni prevé la caída que lo amenaza. Solo un nuevo golpe de tos tiene poder para detenerlos. La indiferencia hacia las horas los hermana más que la sangre. Sin dolerles la vida nube que se deshace mientras viven. El abuelo y el niño se ceden ratos que ninguno mide. Sentir el valle antes de conocerlo los aísla de cuanto no pertenece al valle. Mi nido en el castaño guarda el testigo que vigilaron las estaciones. Aún lo ennoblecen los colores. Entre plumas descansa el recuerdo esperando enfrentarse al presente. Pertenece a quien lo guarda. Lo disfruta quien lo encuentra. La vereda separa en mitades los campos de centeno. El río corta el descenso del hayedo. El agua refleja ramas caídas. De vuelta a la colmena el furor de las abejas agita el castaño. El abejaruco dejó pasar el enjambre. La luz afilaba las columnas tendidas como sombra.

El más oscuro escogió la abubilla.

Acordó con sus ramas.

Anidó en la oquedad que evita el viento.

A quién pertenece su sombra no pregunta el castaño.

Polvo de colores desprendía el abejaruco al atusar la pluma. Cambió de rama para seguir con la mirada el regreso del enjambre.

El abejaruco dejó pasar el enjambre

Aborrezco la lechuza que duerme en el cedro. Exhibe vida de pájaro humilde. Cantan animal maravilloso. Pero engaña al valle. Simula la calma en el bajar de los párpados. Habita en el disimulo. Solo más cauta que silenciosa. Ni el olor le espanta la presa. Algunos amaneceres levantó pinzones que pertenecían a mi progenie. Aborrezco la lechuza y su mirar. Mi marca domina hasta la pendiente que vierte en el río. La pedanía que alberga la montaña centra mi vuelo. Marco en el cielo un contorno azul. Que la lechuza viva sin que mi progenie la conozca. Ningún alcotán comparte las corrientes. Vuelo sobre el cedro. Hago levantar el párpado orgulloso. El alcotán nunca evita el mirar de la lechuza.
Dos miradas sin color jamás se reflejan.
Aunque se encuentren de frente.
Cualquier luz que compartan.
La noche del valle no consiente dos lunas.
La mujer sobre la cama siempre. Tendida de día en la casa que ensombrece el cedro. Una dolencia que no termina. La mujer sueña que anda. El hombre que cuece el pan sueña los pasos de la mujer. Alguna noche se complacen juntos soñando. Comparten la visión de los pasos en el soñar. Cuando deja de ascender el humo del horno el hombre abre la ventana. Llama al aire que renueva la vida de la mujer. Tendida para soportar el peso del día. Antes de marchar le extiende la ropa. Arrima el cazo. Parte pan reciente. Lo cubre con un paño. Espigas bordadas de color azul lo adornan. Granos azules incapaces de alimentar al gorrión. Bajo la tela guarda su calor el corazón de miga. No le falta oficio al hombre que cuece el pan. Tampoco eso que los hombres llaman afecto. No le falta aprecio por la mujer que sueña andar. De madrugada carga el vehículo verde. El filo de harina le bordea las manos. Canastos también cubiertos de paño. Entre el mimbre se pierden migas calientes. Sobre el empedrado de la plaza se enfrían. Pan de gorrión. Despertó bajo el alero. El paso de la madrugada le levanta el plumón del pecho.

Atusa la pluma sostenido en una pata. Vuela hacia la plaza entre otros. El canto los traba como una defensa contra el desamparo. Donde descansó el canasto pica el gorrión. Pan de alcotán. En su vientre pruebo el oficio del hombre. La lechuza no abandona el cedro aunque el gorrión se confíe. El amanecer despliega bocas por donde escabullirse. Mientras la niebla retrasa al vehículo verde también el pinzón salva la vida. De la montaña bajan quebradas que consienten arroyos que atraen la niebla. De este lado del valle la ladera se torna blanca y fría. La pista que sirve al hombre obedece a los pliegues de la pendiente. La sombra de los roquedos extiende un contorno de nube sobre la niebla. El paso del vehículo verde abre la hora. Acaba con ese silencio falso como el que precede al tumulto de los ojeadores. La piel del vehículo imanta gotas más y más pesadas. El descenso desaparece en la rugosidad del reflejo. La cautela acobarda al hombre que cuece el pan. La prisa se retiene. La ventaja se desvanece en la niebla. No me quiero en el reflejo verde cuando la niebla amanece con la mañana. El final de la pista ondula en la visión. El grano mohece sobre la tierra empapada. El pinzón busca semillas cuyo corazón albergaba el calor de un pan próximo. La mujer anda entre sábanas. Los gorriones de la plaza disputan la miga. La lechuza se arrima al cedro. Todos buscan el mismo calor que arrastra la sangre antes de la muerte. Perece la espiga que la tormenta arrastró hasta la pista. Allí los pinzones esperan el sol.

El clavo aseguraba el alambre. Del alambre pendía el puchero. Medio puchero colmado de tierra. El alhelí ocultaba el clavo en la pared. Colgaba como del aire. Donde colgaba quedó manchada la figura del puchero. Otras flores bordean el zócalo. Aparta la cortina de hule. La mujer levanta la mano defendiéndose de la claridad. La sombra del campanario cubre una parte de los tejados. La villa quedaba en silencio como si esperara. Sin los caños de la fuente no habría testigos del fluir del tiempo en el valle. La mujer viste con los colores de un lecho de guijas. Se descubre la mirada para taparse el pecho. Del bote de

zinc cae un pulso de gotas. El colio. Las begoñas. El tinajillo de alegrías. El cacto con forma de pez. Entre los claveles ninguno florece. Como otras mañanas vierte partes exactas pero le sobra una parte de agua. La mujer cuenta de menos la flor anaranjada del alhelí. Ahora lleva la mano a la boca abierta para tapar el pensamiento. La sombra del campanario la cubre mientras trata de recordar. Suena una campanada de sorpresa y otra de hora. El saltamontes se descubrió cuando los tres niños cruzaron el camino. Corrían hacia la era ahogándose al respirar. Uno de los iguales abandonaba un rastro de tierra negra y pétalos de alhelí. Avanzaba como impedido por el cepo del trampero. El peso lo inclinaba. Hasta no tenerse seguro no se detuvo. Cree cortarle el alambre. El surco enrojece la piel en la mano. La emoción que viven le evita sentir dolor. Cambia de mano el puchero y vuelven a correr. Han llegado a los pastos cuando la risa prende. Tendidos sobre la hierba el golpe de sus corazones penetra la tierra. La cerca de lajas los esconde. El sol viaja hacia donde el río avanza. Los tres niños volcaron el puchero. La tierra negra cubrió la hierba. De entre el montón asoman alhelíes desflorados.

∵ El recuerdo de la lavandera cunde como el silencio en los bosques consumidos por el fuego. El tiempo se le desvanece. El canto vuelve a exponerla ante la muerte. El recuerdo le semeja un agua más oscura cuanto más profunda.

Bajo el nido en que nazco la tierra es más roja y blanda. El talud se inclina hacia la vertiente donde crecen escaleras de pasto. El prado se enfría. El pelo de lana alivia la aspereza de las ramas. Se deshace en murmullos la respiración del valle. Tallos de silene nos encubren. Al atardecer la sombra del talud tiende la noche antes de anochecer. No tardé en presentir el momento en que dejaba de pertenecer a mi huevo. Nací entre mis hermanos. Ocupábamos el nido sin compartir esa fraternidad que los hombres ensalzan. Al tenderse la oscuridad se endurecía la tierra. Bajo ella sonaba un arañar de uñas. La noche apagaba los colores como si nunca hubieran existido. Por el borde del talud pasaba el turón.

La tormenta en que nace el viejo. Entre los roquedos se congrega una manada de vientos. Nada se aparta en el giro. Un centro y su equilibrio sobrevienen. La roca imanta la nube. De tan iguales las fuerzas. La montaña aprieta el vapor contra sí. Después se encadenan. Se enciende el resplandor del relámpago sin callar el trueno. En su caída el agua arrastra las laderas. Cuando el río sorprende a la ribera. Que vierten la tierra que ocupaba las cimas. El valle se hunde bajo el cauce. Salvo el viejo de la cara rota toda vida aplazaba su vivir. Nació como el presagio que se sospecha en el agua negra. Justo un rayo esparcía luz. El resplandor reveló la sangre varada en el fondo del vientre. La madre alumbró un animal con el rostro cruzado. Desde la última tormenta. El viejo de la cara rota cree que entre dos no cabe la concordia. A este le pico la guinda. Setenta veces la veleta le apuntó el principio de las estaciones. En la villa nadie le prueba la fama. A nadie consiente auparse al guindo. Fruta parida por la estación. La noche en que nace el viejo toda criatura se apartaba. En soledad encontrábamos suficiente alivio. Hasta que la tormenta cede. Luego la mañana desvelaba la desolación alumbrada durante la noche. El sol iniciaba la fiebre del barro. El valle despertó con el último recuerdo. Dormí en una rama que la luz hacía temblar. Cada rayo perfilaba de plata la fruta. Dos guindas colgaban como lunas gemelas.

El agua que sacia tristezas.

El día que duerme bajo la tierra.

El árbol incuba la guinda.

Al camachuelo desespera picar el color.

Un desquite se anuncia al viejo de la cara rota. Por picada la fruta le sabe menos dulce. El sol no ve qué se oculta bajo la sombra de la hoja. El viejo no sabe qué le come la guinda. Antes de rodar en la cesta. La fruta abierta le siembra un resquemor. Se descuelga la guinda. La eleva hasta el ojo. Comprueba la falta. La vuelve en la mano. Con la diestra se rasca el mentón. Entre los puerros se vuelve el viejo

Al camachuelo desespera picar el color

de la cara rota. Arrastra la pierna y la rabia. Aprieta la guinda como piedra causante de la herida. Ayer fue mejor día para recolectar. Hasta que el brote crece la tierra retiene el azúcar. A la cesta sólo gustan las frutas maduras. El viejo salva los surcos hasta detenerse. Cavila de mala gana. Peor gana se anuncia. Mira el cielo pero lo visto no lo aviva. El viento giraba la veleta del campanario. El cernícalo cambió de postura. Tendía una línea atada al ojo. La pluma rosa se me levantó. Que se curvaba evitando las sombras. Cuando el viento y la línea entraron en el guindo. En el valle gusta a pocos el cernícalo. Lo evita el grillo a pesar de la coraza negra. El lagarto abandona el sol. El saltamontes muda el color para disminuirse en el aire. El cernícalo vigila tras el párpado cerrado. La fama del viejo afloja la fama de la noche. Al miedo pido adelantar la madurez de la guinda. El viejo y el cernícalo levantan las hojas. Gracias al miedo ninguno me descubre.
El viento anhela veletas donde acariciarse.
El cernícalo peina el ala con la punta del Sur.
El viejo desdeña la guinda picada.
A la fruta sabe a agua el sol.
∵ El azúcar de la tierra endulza sabrosas lombrices. Para calmar su hambre el cernícalo espera la satisfacción del camachuelo. La vida salta de vientre en vientre. Tormentas que anegaron el valle en últimas estaciones lo sembraron de renovadas semillas. Para todos fue luego ocasión. La fruta que el camachuelo espera no le pertenece. Tampoco al viejo cuyo alumbramiento se cantó. A quién pertenece no cabe buscar en nuestro canto. Ninguno de nosotros recuerda qué hambre fue la primera que maldijo al valle.

Para evitar la tarde me escondo de la madrugada. Los tiempos que faltaban para el amanecer se marcaban en la extinción de los rescoldos. Vuelto hacia la pared el cuerpo del leñador dejó de agitarse. Del niño no existía ni el respirar. Gracias al silencio la casa parecía parte del valle. Tampoco la noche alber-

albergaba

gaba aquella consistencia con que emergió tras las montañas. La hora que el día retrasa deja atrás la última hora de todas mis noches. Antes que el amanecer se anticipe recuento libertades de aquel soto junto al que nací. En todas direcciones el canto de las chicharras se adueñaba del aire. La promesa floreció en las piñas del cantueso. Al sol se doraba el estiércol. El valle distraía las llamadas. Antes de sobrar el grano en el cajón de la jaula. Con la admiración de los animales sin alas supongo el vuelo de los pájaros que cruzan al otro lado de la ventana. Cuanto pervive fuera del alambre me alcanza como un vacío sobre el que aprender a volar. Cuando no puedo extender las alas y acortar con ellas la ida hacia atrás. Intenté escapar cuando el trampero me desató de la red. Entonces me tocó la piel de la que tanto oímos cantar en el valle. Es cierto que bajo ella retumba el flujo de la sangre. Porque la vida se encarna en la sumisión de cada especie acepté habitar la jaula. Y sin esperarlo se me brindó el grano en montones. Y el balancín cuelga para ocupar los días. Y el niño se ocupa de entretener mi vida con la mirada. Como la azulada claridad que apacigua la noche al comenzar el albor.

El haz de madera.

El hacha del leñador.

El hambre en el cajón.

El calor que duerme al niño.

Se retrasa la tormenta. Al despertar me dedicaba la primera atención. Esa osadía ganaba viveza en el niño. Con los días comprobé en él una fuerza natural que obedecía a la voluntad. El hijo del leñador se bastaba para iluminar la mañana.

∵ El niño retiene una emanación también presente en los pájaros. En esa edad el hombre renuncia a la confianza. La altura lo tienta. Se entiende el afán de los niños por trepar a los árboles. El vuelo de rama en rama los enardece. Para saciarnos en ese mismo sentimiento el coro de pájaros tratamos de cantarlo. Tan extraño por contrario a la alarma que late en cada animal. Que el hombre le otorgara una

de sus palabras confirmó el remanso que ofrece. También este coro la canta. La osadía que el escribano canta la llaman felicidad.

Una fulguración anaranjada encierra el círculo del sol. La luz encontraba frágiles los vidrios de la ventana. La grandeza del valle disminuía la jaula. El sol llegaba para ambos como llamado a calentar la soledad. Tentándolo la prueba no lo asustó aprender. El hijo del leñador pronto acortó la altura que nos separaba. Elige el arcón de madera. Aparta la antigua cuna revestida de cinturones. Lo arrastra a través de la casa. Lo arrima a la pared. La jaula cuelga arriba. Antes de hacer pie el niño se arrodilla sobre el arcón. Al fin se afirma. Y buscaba la altura del clavo. Y se instaba el cuidado al bajarme. Y en el alféizar descansó la jaula. La nariz le rozaba el alambre. Aún olía a sueño. Conservaba en la piel el despertar común en todos los animales. Hacia este lado del alféizar la distancia amaneció empañada por un residuo de niebla. En el rincón del cerco extiende su red la araña rayada. Vuelven hacia la ventana las ramas bajas de la higuera. Una pareja de currucas se disputa la mejor. Tras medirse el canto vuela aparte la más joven. El ansia que agita al valle se serena al traspasar la ventana. Otra mañana igual como las demás. El sol también atravesó la higuera. El niño se alegraba porque la luz despertó mi pluma. De entre los demás se guardaba amarillos que le recordaran la infancia. Los colores le adelantaban la respiración. El soto esperaba que lo desvelara la solana. Nada parece necesitar nada tras el vidrio.

Por el camino a la casa del guarda advirtió la llegada. El destino que anunciaban los pasos avisó al avefría. Mientras se disimulaba descuidó el rumor subterráneo. La lombriz desapareció abriendo galerías. Bajo tierra escapaba la oportunidad. El avefría irguió el penacho de plumas. Amagó la cabeza. El crujir de hierba advertía del hombre que pisaba el camino. Contra la tierra se delataba el bastón. La primera muesca señala la altura cuando encaña el centeno. El abuelo avanza solo mientras conversa. Con la mirada tan alta delata olvidar la distancia.

En las costuras del calzado le brillan soles en racimos de rocío. Sin mayor aguardo el avefría se ocultó entre el centeno. Bajo el castaño los pasos destaparon ruidos de intruso. De niño atrajo al abuelo como si el árbol cumpliera las emociones que los niños exigen a la vida. Ninguna fuerza del valle se le habría opuesto. Aventajó al otoño en descubrir huecos y nidos. Abrazado al castaño el abuelo se dejaba arañar. Apretaba el rostro contra la corteza. El impulso de la savia le atravesaba la piel. Palpitaba sobre la mejilla el corazón del valle que alimentaba al castaño. Desde tierra los nidos de los árboles prometen secretos emparentados con el cielo. El lustre que no maltrata el paso de las estaciones se apaga en el olvido. La figura brilla en el fondo del hueco mientras la memoria la albergue. Bajo mi nido se planta el centro del valle. Detenido tiempo atrás el abuelo percibe aún el latido del castaño. Viene a él llamado por aquella palpitación. No la reconoce al llegar. De la casona salen unas voces hacia el valle. El avefría se agazapa. Asoma después para observarlo girarse hacia la espalda. El abuelo despliega un pañuelo nube. A pesar de la hora el sudor ya le enfrió la frente. El niño duerme. Aprieta la figura de plomo que arrebató a la solapa blanca. La sombra de los castaños cruza el reguero de hierba oscureciendo su rocío. Temprano para los animales que duermen durante el día. Volvieron las voces. Como si lo llamara el árbol levantó la mirada. Se apoyaba en el tronco. Al rozarlo el recuerdo lo inquietaba. El olvido donde queda el abuelo no responde a la voz de nada humano. Nada advierte cuando aparta las cañas de centeno. Ni siente el batir de las alas. En las plumas negras del avefría el sol brilla con reflejos verdes.

∵ Antes de nacer el color ya existía el valle. Pero al valle nada pudo habitarlo hasta que el color existió. Al pájaro sirve el color para encontrar parentesco y competencia. Mejor fuente no distingue al caudal de las estrellas.

Espera como la orilla del río espera la próxima crecida del cauce. Perdió la voluntad capaz de oponerse. A nada se niega el abuelo. El día lo circunda mientras

En las plumas negras del avefría el sol brilla con reflejos verdes

consiente que cada ocasión se aleje. La sombra del castaño gira sobre su cabeza blanca. Espera el despertar del nieto. Que se desperece envuelto en atenciones. Que lo aseen con agua tibia y lo vistan con ropas para el calor. En su orilla de la vida el abuelo se desconocía. Preguntaba a todos por sí mismo. Quería saber cuándo volvía. La casona blanca lo protege como al valor de un testimonio. Ninguno más que el abuelo recuerda los nombres que perdieron los retratos del salón. Las voces regresaron. Pero ya no distinguía con qué reclamo esas voces lo llamaban. En la casona huele a jabón. El vapor empaña la conciencia del niño. Un panal de burbujas estalla al rozarle la piel. Los párpados combaten contra la espuma. La taza ocupa el centro del tapete. Mientras al abuelo absorbe el descolgar de la gota de resina. Una pareja de mirlos ha entrado en el castaño sin molestarlo.

Un caracol se tomaba por viento.

Se soñaba amo del camino.

Se tenía por trueno.

Un hombre quería ser inmortal.

El niño cayó desde la rama cama. Un sueño lo convocó hasta el castaño. Fue mi hermano mientras compartimos nuestro nido en la oquedad. El color nos atrajo con su oleada de misterio y evocación.

Días atrás la tormenta cantó. Para que admirara su voz el animal que no la teme. Otra en el inagotable recuento de tormentas que honran al valle. Como siempre el valle la consintió. Los árboles se plegaron obedeciendo al viento. Algún rayo prendía. En la misma tormenta se sofocó. Cauces secos despertaron ese invierno que duerme entre las guijas. Arrastrando mejor que fuego. La lluvia ocultó viejas cicatrices y abrió nuevas. El viento orientó la inclinación de los cultivos. La tormenta alivió el orden que somete a la tierra. Cuando la noche se desconvocaba el silencio. Los débiles temían la tormenta. Sacó al topo de la galería. Mejor cantó el cárabo. Ahogó al sapo en el carrizal. Mejor cantó la

cigüeña. Arrancó el grano a la espiga. Mejor cantó el pinzón. Mejor la tormenta que el fuego. No alimenta la ceniza. El árbol quemado no brinda frutos. Mejor la tormenta. Para el pinzón. Para el alcotán también. Mejor.
El alcotán nunca miente.
Cantan que anhela el mar.
Para competir con las olas.
Para beber la sal.
Desciende la pista una mañana nueva. La niebla se tendió sobre el valle acompañando a la noche. En la pedanía brumas altas desgastaban las aristas de la plaza. La lechuza voló a las ramas bajas del cedro. El viento corría por encima de la niebla apretándola sobre la vega. Al alba quiso rozarse con el roquedo. Hurgaba en la hendidura que cobija mi progenie. El viento y la piedra cantaban para dormirla. Contra mi ventaja la niebla quedó como dueña del día. El vehículo verde bajó en ella. Me quiero delante. Me quiero entrar en su reflejo. Que roce las plumas de mi cola. Pero el vehículo verde desciende con la precaución de los animales ciegos. La niebla lo entorpece. Al encontrar el pliegue de la pendiente se detiene. Detengo mi volar. Se inclina hacia el vacío. Inclino mi horizonte. El reflejo de las copas se insinúa en el vehículo verde. La niebla diluye el contorno del cielo. Gotas de agua tiemblan sobre el metal. Al fin mi reflejo aparece. Del revés. Atravieso las letras. Un mensaje sólo para hombres ocupa los costados. Letras que adornan con colores desapacibles solo por permanecer próximos. Espigas que crecerían como enemigas se enlazan en la piel verde del vehículo verde. El adorno repele el mirar. Esa figura nada debe al ímpetu que perfecciona lo vivo. Ese mensaje no parece originado por el valle. No quiero mostrarme al pinzón. La lentitud me descubre. La cascada de ruido nos proclama. Demasiada prevención en el hombre que cuece el pan. Cuando la niebla. Mi perfil se desvela a punto de tocar la tierra. El bando de pinzones canta un aviso que ocupa una eternidad. La ventaja se pierde

antes de formarse. Me elevo sobre el último círculo del eco. Vi al erizo entre el barro. En el cielo adquirí tamaño de insecto. Al final de la pista la tormenta depositó el fruto de la espiga. En nidos de cañas y granos. Mejor arrastrando que fuego.

Cae con la ladera. Agita la retama que puebla el borde del sendero. Una vez en la vega salta los primeros cercados de lajas. Llegar hasta el guindo se retrasa un instante. Después deriva hacia la ribera envuelto en su propio murmullo. Como la nube envuelve a la luna. Vuela y remueve el aire que traspasa. Tantas que ninguna forma las atrapa. Como el viento cargado de hojas secas ha descendido. El colmenero levantó la tapa y el enjambre se asomó al valle. El sol da a la cera colores de miel. Las abejas admiten al colmenero como al rey que les falta. Miel viva hasta la muerte de la estación. Colores de alas tan frágiles. Que vive hasta destaparla el colmenero. Cuando el calor agoste las flores. De la villa pocos se acercan a las colmenas.

∵ Ningún miedo más puro que el del hombre hacia la abeja. Su visión detiene al más osado. El enjambre nunca evoca el azúcar que guarda la miel.

Tampoco en la villa la música del viejo agrada. Una virtud que no espera admiración. Demasiado ajena. Por el valle suena la despedida del día que recita el viejo de la cara rota. La dulzaina solo ayuda a olvidar. El soplo desanuda el aire de la caña. Hacer orden del remolino alivia el dolor del hueso. Que retira el peso de las estaciones. De siempre la fama del viejo espantó al caminante. El daño en la pierna no lo ayuda a domar el trato. Los villanos prefieren la trocha del aserradero. Antes de rondar la tapia de la huerta. Al volver de la villa. Por si alguno se lo encontrara de frente. Los foráneos que se asoman conocen pronto su voz. Suena a noche que nunca alcanza la mañana. El dolor ya le mora en la pierna. De agujeros de dulzaina. Donde el hueso semeja una caña. Antes de la caída el viejo vivía de la arena. De los cauces que descubrieron las edades de arroyos extinguidos. Llegado el invierno las fosas que el viejo ahondaba se cubrían de hojarasca. La arena se

cargaba en medidas para la fuerza de los bueyes. Después de caer sintió asombro. Siguió dolor. La arena ocultó la pierna. Al poco la sangre manchaba la arena. A lo largo de la trocha del arenal la correhuela cubre las lindes. En los taludes que miran hacia el río remonta la sombra. Asoma al sol y cunde hacia la pendiente del arenal. Mientras las larvas de la esfinge se dispersan entre la correhuela. Durante la noche el erizo hurga por ellas de hoja en hoja. Durante el día se guarda en el talud. Nidos donde duerme el erizo. De las paredes del arenal. La larva lo despierta con el rozar de la hoja. La abeja bebe en la flor de la correhuela. Dulce de color rosa. El viejo de la cara rota espanta a los villanos. Como a pájaros en las ramas del guindo. El viejo recela de los que pasean sin prisa. Llevados por antojo al lado de la tapia. A quien pregunta devuelve ausencia. Si una voz lo llama el viejo se sacude. Vuelve la espalda a la voz que saluda. En todos supone un camino distinto al propio. El viejo de la cara rota desprecia a los hermanos. La soledad del viejo fraterniza con el silencio de los valles cubiertos por el hielo.

El sol en la miel.

El tiempo en la guinda.

Un cauce interior las riega.

Un aguijón las custodia.

De agua que embellece a las piedras. Por donde la trocha declina se arrima un arroyo. Lame la tapia de la huerta en su paso hacia el río. Mejor noticia no espera el viejo que se le traiga. Prefiere la novedad del agua helada. Que se le traiga nunca pidió. Desprecia la cercanía que los hombres llaman amistad. Antes la aspereza del viento en invierno que el saludo del villano. El viejo de la cara rota solo atiende al verde de los frutos. Riega la dulce espera. Vela la noche de la huerta. Nadie le ronda el guindo. Si no acechara desde el campanario. Entre la sombra ve el cernícalo. Temo esa vista que se prodiga como relámpago. La villa se centra en torno suyo. El campanario dispone la plaza en cuartos de mercado. Del cernícalo

se canta que pactó con el animal humano. A cambio de engrasar las veletas recibe el otero y su ventaja.

∵ Al camachuelo empavorece encontrarlo en la veleta. Los que no recelan tampoco lo admiran. Pero jamás el camachuelo desearía ser cernícalo. El coro de pájaros no canta la palabra identidad. Aceptamos pertenecer al valle. Vivimos de acaso en acaso. Las libertades vienen cedidas hasta nuestra necesidad.

A través de la noche vagan las luces de la casona blanca. Tras ellas sigue un canto de mujer. El centeno se inclina a su paso. La voz entra en el castaño. Asciende a la oquedad. Nada la detiene. No tarda en cambiar por silencio. Y aunque al valle llega el residuo de las luces ya no se escucha la voz tras la verja. El abuelo viste sin color. De ese blanco que no refleja los colores. Calza como en otra edad. También de brillo blanco los zapatos blancos. Camina como si lo orientara la lucidez. Y aparenta la fuerza de cuando era fuerte. La fecha rehabilitó vestigios arruinados por el tiempo. Pues para la celebración el abuelo se recordó de joven. Revive para los convocados el porte de los retratos. El frescor que acompaña a los arroyos se le desprende. El blanco del cabello no envidia la blancura del traje. El abuelo ha detenido la celebración. La mujer calla el canto. La calma le vuelve para anunciar al que asoma. Desde el fondo del salón lo recibe. Levanta la mano voz como si la atención lo precisara. Antes algunos abandonaron la mitad del bocado. El doctor se sacudía el polvo de azúcar. El negociante se acercaba hacia el abuelo como la primera vez que negoció con él. No se agranda el respeto cuando todos le admiran el esmero. Como en aquellas celebraciones el abuelo se mira en el espejo de quienes lo miran. A uno que lo alaba contesta como cuando la vida le preguntaba. En el abuelo parece suspenderse la huida del mirar. Más amplia se le adelanta la frente cielo. Las manos resisten un pulso rejuvenecido. Los de atrás alternan el saludo y la sorpresa. El convite se aplaza porque lo disculpa la remembranza. De cuando apretaba la hacienda entera en una sola mano.

Lo mejor de la vega quedaba dentro del puño. De entre los dedos sólo escapaban los caminos. Sobre el centeno verde dominaba el paño blanco. Desde que naciera el nieto ningún hombre alumbraron las mujeres de la hacienda. El aviso del cansancio coincidió con la fecha. Se entibió el carácter. La voz decidía apagarse sin preguntar a la voluntad. El descuido despertaba donde cada animal se previene de él. Las últimas decisiones desaparecían con el mismo silencio de la nieve al caer. Entregado al olvido hasta que volvió a vestirlo el blanco. El bisel de los vidrios fragmenta el perfil del hayedo. Las luces del salón penetran la noche. El canto de la mujer regresa hacia los campos de centeno. La oscuridad se arrebata con una claridad olvidada. La demencia arraigó como la semilla traída por el viento desde un paraje donde nunca florece. El abuelo viste de blanco.
Ni en la harina
Ni en los pétalos.
Ni en la pluma.
Ningún blanco como en la memoria que olvida.
Una figura adereza la solapa del traje blanco. A los del salón alarma verla prendida. No los confunde la imperfección sino la falta de un recuerdo que aísle su dominio. Aunque desean saber sobre el estandarte de plomo solo la mujer pregunta. Tres aspas rojas sobre un paño de oro. El esmalte de colores aún cubre el plomo. La enseña ha resistido el abandono en los cajones. El abuelo concentra una rejuvenecida savia. De alguna parte lo reclama la voz. Mira sobre las miradas de los invitados a la conmemoración. El niño recoge la respuesta que el abuelo calla. Que cante el coro de pájaros por qué calla el abuelo.
∵ Se vuelve a la voz de las generaciones. Lo atrae una luz que aridece la visión. Mira el tiempo como a un animal de presa. El recuerdo lo incita a cerrar los ojos como si bebiera. Renace el picor en la cicatriz. La infancia provocó la herida que al abuelo vuelve a doler.

Entornó los ojos. Lo deslumbra el cielo sin nubes. El sol se repite en cada alambre. A media mañana el vidrio se transparenta pareciendo que a la ventana falta el vidrio. Pasa un rato en que nada se escucha en el valle porque nada le acontece. La mañana nos entretiene con calmas vividas antes. Suceden horas de días pasados. El primer ladrido avisó al niño. Los perros se adelantaban al regreso del leñador. Otros más distantes llegaron interrumpidos por los desniveles de la ladera. El niño se asomó para comprobar que no lo engañaba la gana de escucharlos. Al fin la mañana mudaba a tarde. Cuando entró el leñador entraron los tejos y abedules. El abrazo del niño recogió los olores del bosque. El hacha retenía una rebaba de savia seca. Aún se demoraba el viento. Semanas atrás mi jaula descansa sobre jaulas para todos los tratos. Los pájaros que duermen debajo se guarecen en el sueño evitando saberse mirados. Vueltos hacia la lona bajo la sombra del toldo. Tan grandes que apenas los admiten las jaulas. Como si añorara otro cielo alguno se despereza con un canto extraño al valle. Luego de removerse la pluma vuelve a tenderse. Los otros lo acogen esperando su calor. No habitaban el soto pájaros tan dóciles. Por encima nos cruza un tendido de cordeles. En parejas penden pájaros muertos. A pesar de faltarles el brillo en la pluma a algunos los recordé. El garfio les pasaba el cuello. Un surco de sangre les remontaba el pecho. El trampero cantaba. La voz adquiría los olores del mercado. Cantaba a voces sus nombres. Y torcaces. Y ansares. Y chorlitos difíciles de atrapar. El trampero adorna el sombrero rojo con una pluma blanquinegra de sisón.

Y azules de metal.

Y blancos de grano.

Y arco iris difíciles de atrapar.

Cantaba el trampero sus colores.

La noche ocupa el valle a media tarde. El olor alertó a la pareja de zorzales. Volaron hasta las ramas del saúco que sombrea el cercado. No necesitaron la ayuda

del viento para escuchar el rumor. De entre las lajas les llegaba. El filo de baba seca que sella la concha de los caracoles se humedeció. La premonición de la lluvia volvió a despertar en ellos. La nueva promesa los lavaba en su propia concha. Los zorzales buscaron las ramas más próximas al cercado. Pasaron la tarde con la cabeza inclinada. El rumor de los caracoles los retuvo allí. Hasta que la tormenta se confirma en ráfagas de viento y tierra. Las olas de hojarasca previenen a los pobladores bajo tierra. Las nubes se aprietan hasta formar una sola nube. La luz cede. El primer aviso salpica a uno de los zorzales. El olor a lluvia se condensa en gotas tan rojas como frutos de arándano. El otro vuelve al saúco para sacudirse. Y eligieron volar hacia la ladera. Y entraron donde más se abraza el hayedo. Y la cerca de lajas represaba el agua unas horas después. Para salvar la vida los caracoles se dejaban arrastrar por la crecida.
Como espumas de río.
Como semillas de ala.
Como verdes de musgo.
Aparecen y desaparecen los caracoles.
∵ Cantamos en un valle originado por la primera tormenta. La lluvia inicial creció hasta hundir la tierra. El agua desnudó las montañas. Hizo que en ellas se forjara el imán que atrae el frío. Cuando terminó la tormenta el agua desembocó en el tiempo. Para sostener nuestros nidos crecieron los árboles. Pasada aquella era vivimos la era del hambre.

Hasta la sombra de los frutales rejuvenece al volver la primavera. Cuanto brota en la huerta. El viejo de la cara rota junta oficio. De tiempo. Se abastece de soledad. Mientras poda. Cuando cava. En el cántico de la siembra que no le suena. Los aperos del pajar se intercambian historias de mellas. Luego de tanta vuelta de azada. Respira la tierra sobre la que el viejo pisa. Se aclara de aire. Como el alga que bajo la cascada respira en la espuma. A la lluvia place ven-

vencerse

El primer aviso salpica a uno de los zorzales

cerse sobre los surcos que cava el viejo de la cara rota. Para su mal el viejo siembra una voluntad estéril.
De soledad y la soledad hiere.
La herida y a la herida nada cura.
Le nace la voluntad como herida.
Es la voluntad del viejo una herida estéril.
De ese dolor no se lamenta. Aunque la herida quema como ascua el viejo vive en una niebla fría. A nadie consiente ver hacia dentro de él. Si no lo cerrara esa herida la huerta ofrecería frutos de amistad. Harta de mañana y estremecida de calma. El viejo lo trata para que el guindo críe sin pereza. Aprendió de la estación los cuandos. Para que a la huerta le verdeara la hoja. Los tallos medidos. Se le llenan las vainas. Al final de la estación los frutos se estorban para ocupar la rama. Hasta le sobra lo que guarda.
Suya la sombra.
Suya el agua.
Suyas las guindas dice.
Y la verja también.
A la verja entierra la alianza entre el espino y la hiedra. Ni el viento puede. Se levanta por encima de las ramas. Fija los postes que la sombra cubre de musgo. Una tabla roja dice con letras rojas lo que dice suyo. También la cadena que la cuelga. Y el serrín de la carcoma.
∵ Como las extensiones del tiempo el valle se parte en fragmentos más y más pequeños. Cada porción la invade una vida. La vida nace como si mereciera nacer. Una vez en el valle ninguna vida pregunta a quién pertenece la porción que ocupa. La vieja rama se pudre como si lo exigiera el retoño. La zarza disputa con el espino por un poste de hierro. El hombre nunca nos solicitó que compartiéramos el cielo con su humo. El camachuelo pica la guinda que el viejo cree suya. El árbol

le consiente calmarse en ella. Tampoco la fruta pertenece al camachuelo. Si en nuestro canto cupieran las preguntas humanas de aquí seguiría la primera. Antes deseamos concluir este canto sin contagiarlo de queja.

En el envés de la centella se tapaba la oruga de la vanesa. De amarillo. La hoja prendía en gotas el vapor del río al amanecer. Las flores amarillas se despertaban para abrirse. Que a la vega separa del soto. La oruga se cubría bajo la hoja de la centella. De amarillo las gotas en la piel de la oruga. Quieta lo que el aire dejaba. Como si todavía durmiera el valle. Luego el aire inclinó la centella hacia el agua. Se vencieron las flores. Y la hoja volvió. Del envés saqué dormida a la oruga. Despertó en el pico. Culebreó despertándose. Comí amarillo. Antes de amanecer hoy el canto del mirlo había anunciado el amanecer.

Por acción del tiempo las páginas endurecieron. Tomaron el color de la resina y la fragilidad de los hilos de araña. Las tapas de cartón cerraban el libro. En el centro se colocó el cromo que paraliza una escena del valle. El petirrojo se arroja tras el insecto. El esmero del pincel se concentra en la pechera roja. Supo del libro en un momento de soledad. El niño de las botas sin cordones cumplía esa edad a la que tientan los libros. En este descubrió la vida del valle a través de los colores. Las láminas concentraban el diálogo que al niño retenía sin percibir el paso del tiempo. Tantas estampas de pájaros como instantes de vida. Tantos instantes que el libro aturdía como si el valle se le abriera en las manos. En cada lámina el trabajo del pincel repetía porciones de una realidad antes desapercibida. Una extensión de la edad se le prometió. Dispuesta en lo más inmediato como una fuente de libertades. Página a página el libro cuenta las razones con que se ordena la lengua de los pájaros. Al principio el niño de las botas sin cordones explora los colores. Ocre. Verde. Cárdeno. Azul de genciana. También azul de blanco de nieve. Poco tarda en descubrir los pájaros como una combinación de fragmentos. Las diferencias que las láminas pintan le desvelan las diferencias del valle. Rebasada

la admiración por el color se rinde al aliciente que deparan los trazos. La cresta. El obispillo. El capirote. La cola escotada. La garra de cuatro dedos. El niño sintió urgencia por recordar. Como si temiera extraviarse quiere fijar el camino que tiende tras de sí. Avanza las páginas cuando se serena la exaltación que cada lámina prende en él. Pronto lo vence sentirse en el principio de una distancia sin horizonte. Colmada por el detalle de las láminas la mirada confunde rasgos y contornos. Al fin solo las palabras devinieron útiles. Descubrió en el nombre de los pájaros la forma última para recordarlos a todos. Unas páginas más adelante la memoria se abarrotaba como un posadero de pájaros al atardecer. Decidió volver atrás para aprender las palabras que los atrapaban. Chochín. Collalba. Alzacola. Esmerejón. Vencejo. Roquero. Las tapas de cartón se apoyaban en las rodillas. Levantaba las láminas con la misma levedad que el aire vuelve las hojas de los árboles. Algunas se plegaban unidas antes de separarlas con los dedos. Hasta el declinar del sol los pájaros del libro llenaban la tarde. Los nombres recién descubiertos quedaron atrás como huellas de una aventura. La sombra remonta la tapia. Hace rato que cubrió las losetas del patio. Nadie lo acompaña. Al liberarse las páginas desprendían olor a cueva. Otra lámina se desvela.

Otra lámina más señalada.

Salpicada con astros.

Con astros de humedad.

La lámina donde posa la lavandera.

La lámina me dibujaba sobre un montículo de piedras. Algunas espigas secas intentaban rebasar mi posición. Otras se vencían hacia donde apunté la mirada. Al lado se escribía el nombre que me señala. Y más al lado continuaban letras menores. Que cante el coro lo que dicen junto a mi nombre.

∵ Vuela con la ligereza de un pensamiento. Le es propia la virtud del quiebro. Su pluma es leve como copo de nieve pero recta como tallo de martagón. Sin rozarlas

atraviesa las espumas del aire. Deja atrás los lugares donde se desprecia a los árboles. Evita el cielo de los valles que carecen de azul. Cuanto ennegrece la nieve espanta su invierno. Que su menudo tamaño no rebaje el valor de su especie. La lavandera nunca necesitó la compañía de otro animal.

Lo que decían velaba el paso del tiempo. En las rodillas se marcaban las huellas del cartón. Las losetas del patio se fundían con la tierra oscurecida. Ya no quedaba luz para la tarde ni para el fragor de las láminas. El niño se rascó los ojos. Puso cuidado al cerrar el libro de todos los pájaros del valle. Las últimas páginas decían juegos de caza. También se decía un nombre junto a cada trampa.

Y el brillo del hacha untada de aceite. Y la mirada hacia lo alto midiendo la distancia de la caída. Y la piel de corteza sobre la corteza del árbol. Por donde asciende el sendero de la hormiga roja apoya la mano. Palpa la vertical que se dispone a tumbar. El leñador acerca el oído. Calla una fracción mientras encuentra el corazón del abedul entre los sonidos que completan el bosque. Un latido le llega de anillo en anillo. La onda ha durado lo suficiente para que el leñador midiera espesores y durezas. Se aparta y eleva de nuevo la mirada. Las copas se enredan como hebras de vapor. El leñador rodea el árbol. Al detenerse demuestra descubrir la inclinación que facilita a su hacha. Esta vez se apoya con fuerza y lo empuja. El temblor recorre la vida que habita el árbol. De la galería huye la abeja de la madera. A la crisálida del escarabajo se le agita la incipiente coraza. El pulgón olvida calmarse en la savia. Hasta la tierra bajo el abedul se resiente cuando el leñador apoya la mano. Otra mañana abatió el nido más alto. Se apoderó del fuego que duerme en el árbol. El fragor de las ramas no lo avisaba. El leñador no imaginaba que el valle entero percibía su apoyo en el árbol. Su sangre calentaba la corteza. Penetraba en el abedul el calor humano. Teñía de rojo la savia blanca. Lo recorrió hasta alcanzar las ramas bajo el cielo y la tierra. Ningún animal del valle muestra la fuerza capaz de abatir la fuerza del hombre.

La lavandera nunca necesitó la compañía de otro animal